

CULTURA LIBERTARIA

Año I.-Nº 3

BARCELONA, 20 DE NOVIEMBRE DE 1931

Redacción y Administración: Urgel, 42 (prov.)

OPINIONES

LA VERDAD ANTE TODO

Nadie puede negar que vivimos un momento trascendental en la historia de las masas modernas. La guerra entre las clases trabajadoras, capitalistas y gobiernos se hace más visible, más aguda y más profunda cada día, el trazo que separa a las élites poseedoras de las masas eterna y duramente explotadas, no son ni eternas ni vivas de sus trágicos colores, sino que se señalan más visibles y más claramente a cada instante. Quena sentado, pues, que el antagonismo entre el infinito capitalista y el infinito trabajador es ya una realidad ante la que todo el mundo inclina la cabeza.

Ahora bien; reconoció el hecho, afirmada su existencia, solo cabe marcar una neta que acelere el proceso de descomposición del régimen capitalista y establecer el posible advenimiento de la transformación social a que aspiramos. Porque, si no cabe duda sobre el particular, si la clase trabajadora no empieza ni pone su vitalidad, su energía, su potencialidad destructora del régimen presente y su capacidad creadora del futuro a contribución, sin reconociendo la crisis del régimen capitalista, éste superará sus propios defectos y perdurará por largo tiempo todavía.

La crisis del régimen capitalista no es una crisis de crecimiento, las cuales, más que a destruir, ayudan a edificar. La crisis capitalista es una crisis de posibilidades, de realizaciones; es, más que una crisis, el agotamiento definitivo, total, indecible de un régimen que ya da dato de sí cuando tenía y cuantos podia dar.

Frente a este hecho, evidente e inminente, la clase trabajadora ha de prepararse, ha de obrar, ha de manifestarse sin entusiasmos ni términos medios. Lo que interesa, no obstante, es que esta manifestación esté claramente expuesta, es decir, que muestre a los trabajadores la finalidad que persigue y los medios convenientes a lograrla.

No hay obrero, por medianamente culto que sea, por poco que se preocupe de su precaria situación, que no vea la necesidad inevitable de un cambio social. La ve, la ven todos los obreros; lo que les falta es ver cuáles son los elementos más apropiados, el instrumento más idóneo para esa gran obra social.

Tan convencidos estamos nosotros mismos de esta verdad, que contra lo que por ahí se murmura, afirmamos que mañana mismo podría intentarse la revolución social, no sólo en España, sino en otros muchos países, aunque quizás en España con muchas más probabilidades, si la clase trabajadora tuviese la intuición clara de la obra a realizar.

Se dice: Vosotros no creéis en la posibilidad inmediata de la revolución social, y como no creéis en esa posibilidad, vuestra labor es, hasta un cierto límite, negativa. Cuando se afirma esto se fija a la verdad. Nosotros no solamente cre-

mos en la proximidad de la revolución social, sino que convivemos en su potencia, en sus misterios oscuros casi eternos, así en venenos tejos, suno cerca, lo que ocurre es que no pensamos en ella como en un mito, no la concebimos cayendo del cielo como un mitraglio que nos lo da de una foto necio, sino como una obra del hombre. Nosotros venimos a revolucionar social, y la venimos como una realidad hacia la que la humanidad camina. Pero porque la venimos así, y porque la creemos, no un don divino, no una creación taumaturgica, una gracia que alguien pueda otorgar, sino como una creación del hombre, trabajamos por ella y a ella consagrados en actividad de que somos capaces. Lo que hay es que no somos, que no nos arrastran los espíritus que testiguan los hechos. Esto es todo.

Somos sinceros. Somos veraces. Y amantes de la verdad ante todo, creemos que la revolución viene como obra hecha por el hombre; y que avanzaría tanto más rápidamente cuanto más empeño ponga en ello. Y porque somos veraces tenemos a los trabajadores que estamos en pleno, en franco periodo pre-revolucionario, pero que para acelerar el ritmo normal de este periodo, él, el pueblo, la clase trabajadora, ha de hacer el máximo esfuerzo, poner la máxima voluntad, realizar el máximo sacrificio. Y le decimos más: que la revolución social vendrá el día que él la quiera, el día que se decide a fuerza con su esfuerzo.

Pero siempre enfocados en el terreno de la verdad, afiladinos que como la revolución que se avecina no es una revolución de partido, ni de secta, ni de religión, ni de ciertas, sino de clase, de clase explotada contra la clase explotadora, esta revolución han de hacerla los que trabajan, los que sirven, los que van a la fábrica y al taller, hoy, y los que irán mañana, al día siguiente de la revolución triunfante, convencidos que vendrá al taller y a la fábrica aseguran el triunfo definitivo de la revolución, asegurando al mismo tiempo la posibilidad de que la manumisión del asalariado sea una realidad y no una quimera demagogica.

Y afiladinos, por último, que esta revolución han de hacerla los hombres que trabajan desde sus Sindicatos, desde sus organizaciones, desde estas organizaciones, eredades hay para la defensa del interés del trabajador frente a la explotación capitalista, y que mañana, al día siguiente del triunfo del pueblo, serán los encargados de organizar la producción para que nadie, ni partidos, ni grupos, ni hombres providenciales, se encaren sobre las espaldas del trabajador, y con el pretexto de servirles de guía se conviertan en los tiranos de nueva catadura.

Así hablamos, porque decimos la verdad ante todo.

ANGEL PESTANA

La colaboración de Pedro Besnard

Hemos recibido el estudio que nuestro amigo Besnard nos había prometido y que ha sido escrito expresamente para CULTURA LIBERTARIA. Consiste de una breve introducción, de las cuatro partes siguientes: 1. Comunismo autoritario y Comunismo libertario; 2. El individualismo anarquista; 3. El Comunismo organizado; 4. El Comunismo organizado sobre las bases libertarias y federalistas y unas Conclusiones.

El título genérico de dicho estudio es: Del Capitalismo... al Comunismo libre. Comenzaremos la publicación a partir del próximo número.

LA REDACCIÓN

muchos en política a que ensayan el protesto, más de buecas, intentando en este, ¿y qué? de la Reapertura de las Cortes Constituyentes. A fuer de justos, no diremos que ellos han actuado como si fueran un sector de derecha; pero es inconfundible que no se han producido en el cumplimiento a los que, por su significación política, habrían de aparecer como la zona genuinamente izquierdista del Parlamento español. Hasta ahora, y si vergonzosa contramarea respecto del problema religioso lo confirma hasta la saciedad, los socialistas actúan como verdadero centro, de zona templada, de falsoadores de todos los alusiones revolucionarios dibujados en el horizonte político español.

No vamos a insistir sobre el papel del Socialismo español en este momento histórico. Sería menester hablar largo y tendido para subrayar la importancia que tiene el que, siendo los socialistas, la minoría más numerosa, las Cortes Constituyentes elaboren una Constitución contraria, de pura reacción, a las verdaderas aspiraciones y necesidades del país; disolución que, por otra lado, habría de llevarnos forzosamente a bucear en ese mar de immoralidades y de ignorancias en que navega el régimen republicano. A los que no sean elegidos les basta una mirada sobre el papel de los socialistas españoles en los siete meses de República.

No hay que perder de vista, tampoco, el papel del Socialismo en el orden internacional. Las elucubraciones teóricas de tan grandes humberas del Socialismo han trastocado los términos de todos los problemas, de forma que a los principios de la lucha de clases han sido opuestos los principios de la paz social. Albert Thomas es el comisionista máximo de esos humanos principios del socialismo social, y a veces que los socialistas, para que la guerra se entienda en exterior y alianz a la restauración de la economía capitalista, cuando ésta se hunde catastróficamente, funda su mitosocial, según las previsiones teóricas de Carlos Marx al establecer el proceso del materialismo histórico.

Dirán lo que quieran los socialistas, porque ya sabemos que ellos tratan de justificar su franca y cordial colaboración con los partidos burgueses y con el capitalismo, con el consolidado tópico de la defensa de los intereses del proletariado. Pero la realidad, más fuerte que todos los tópicos, nos muestra al proletariado de todos los países hundido cada día más en la miseria y en la desesperación.

El ejemplo de Inglaterra es de una elo- cuencia inconfundible. Alcanzado el poder por los laboristas con la promesa de solucionar el problema del paro forzoso, que en el Reino Unido es un problema de honda gravedad, el proletariado inglés tiene ocasión de ver, como, gobernando estos delegados, el problema se agrava en proporciones aterradoras. No queremos poner en duda las cualidades civicas y de ciudadanía atribuidas al pueblo inglés, de un pueblo que, con todas estas cualidades, subsiste explotado y esclavizado barbaramente al ma-

CONCRECIONES

Incapacidad revolucionaria de los socialistas

Hay que descartar a los socialistas. A un lado la historia anticlericalista anterior al 14 de abril, que puso en evidencia su incapacidad de comprender que era la coexistencia del socialismo y el capitalismo en un mismo País, el primero no se siendo respetuoso del segundo, incluso porque se suponía soñadora que el capitalismo iba de incubar el éxito del socialismo. Por el contrario, el capitalismo busca siempre el fracaso del socialismo, su antagonista por excelencia. Si las premisas sentadas anteriormente nos llevan inexorablemente a la conclusión de que nos hallamos ante un problema básico, el de la revolución social, cuya solución es la formulación única para salvar a la Humanidad del caos económico, político y social en que vive el mundo, la convicción general de la incapacidad de los socialistas para resolver el problema básico adquiere una firmeza inquebrantable.

Atavió es la actuación de los socialistas españoles en las Cortes Constituyentes. A fuer de justos, no diremos que ellos han actuado como si fueran un sector de derecha; pero es inconfundible que no se han producido en el cumplimiento a los que, por su significación política, habrían de aparecer como la zona genuinamente izquierdista del Parlamento español. Hasta ahora, y si vergonzosa contramarea respecto del problema religioso lo confirma hasta la saciedad, los socialistas actúan como verdadero centro, de zona templada, de falsoadores de todos los alusiones revolucionarios dibujados en el horizonte político español.

No vamos a insistir sobre el papel del Socialismo español en este momento histórico. Sería menester hablar largo y tendido para subrayar la importancia que tiene el que, siendo los socialistas, la minoría más numerosa, las Cortes Constituyentes elaboren una Constitución contraria, de pura reacción, a las verdaderas aspiraciones y necesidades del país; disolución que, por otra lado, habría de llevarnos forzosamente a bucear en ese mar de immoralidades y de ignorancias en que navega el régimen republicano. A los que no sean elegidos les basta una mirada sobre el papel de los socialistas españoles en los siete meses de República.

No hay que perder de vista, tampoco, el papel del Socialismo en el orden internacional. Las elucubraciones teóricas de tan grandes humberas del Socialismo han trastocado los términos de todos los problemas, de forma que a los principios de la lucha de clases han sido opuestos los principios de la paz social. Albert Thomas es el comisionista máximo de esos humanos principios del socialismo social, y a veces que los socialistas, para que la guerra se entienda en exterior y alianz a la restauración de la economía capitalista, cuando ésta se hunde catastróficamente, funda su mitosocial, según las previsiones teóricas de Carlos Marx al establecer el proceso del materialismo histórico.

Dirán lo que quieran los socialistas, porque ya sabemos que ellos tratan de justificar su franca y cordial colaboración con los partidos burgueses y con el capitalismo, con el consolidado tópico de la defensa de los intereses del proletariado. Pero la realidad, más fuerte que todos los tópicos, nos muestra al proletariado de todos los países hundido cada día más en la miseria y en la desesperación.

El ejemplo de Inglaterra es de una elo- cuencia inconfundible. Alcanzado el poder por los laboristas con la promesa de solucionar el problema del paro forzoso, que en el Reino Unido es un problema de honda gravedad, el proletariado inglés tiene ocasión de ver, como, gobernando estos delegados, el problema se agrava en proporciones aterradoras. No queremos poner en duda las cualidades civicas y de ciudadanía atribuidas al pueblo inglés, de un pueblo que, con todas estas cualidades, subsiste explotado y esclavizado barbaramente al ma-

yor de los imperios coloniales, a que se devienen es que en tantas luchas privadas, ese capitalismo no es capaz de comprender que existe la coexistencia del socialismo y el capitalismo en un mismo País, el primero no se siendo respetuoso del segundo, incluso porque se suponía soñadora que el capitalismo iba de incubar el éxito del socialismo. Por el contrario, el capitalismo busca siempre el fracaso del socialismo, su antagonista por excelencia.

Si las premisas sentadas anteriormente nos llevan inexorablemente a la conclusión de que nos hallamos ante un problema básico, el de la revolución social, cuya solución es la formulación única para salvar a la Humanidad del caos económico, político y social en que vive el mundo, la convicción general de la incapacidad de los socialistas para resolver el problema básico adquiere una firmeza inquebrantable.

Atavió es la actuación de los socialistas, pero no es suficiente chiaro que en otra parte del problema responde a motivos de oposición capitalista, necio, ignorante que todo el mundo puede recordar perfectamente, nor poco que ese mismo se haya ocupado de la materia de la política inglesa.

En el patio de Shakespeare ha de ser bien conocida la locución ser o no ser. Por esto mismo, los historias hablan de gobernar como tales o no gobernar. Si los historias buscan orientado su política hacia la socialización de las finanzas, de riqueza y de producción, es de suponer que el paveroso problema del paro forzoso apenas existía hoy en Inglaterra. Creemos más: creemos que cualquier gobierno que orientase su política por los caminos de la socialización, los resultados de ésta, en los primeros ensayos, aseveraría la precipitación del sistema capitalista sería un hecho casi inmediato.

No nos gusta discurrir a la ligera. No ignoramos que todo gobierno, en su esencia, depende casi en absoluto de los grandes magnates de la industria y de las finanzas. Económicamente, es siempre prisionero del capitalismo, ha de vivir siempre del crédito otorgado por él. Un gobierno socialista, que en plena sociedad burguesa intenta cesar sus esfuerzos apenes existía hoy en Inglaterra. Creemos más: creemos que cualquier gobierno que orientase su política por los caminos de la socialización, los resultados de ésta, en los primeros ensayos, aseveraría la precipitación del sistema capitalista sería un hecho casi inmediato.

No nos gusta discurrir a la ligera. No ignoramos que todo gobierno, en su esencia, depende casi en absoluto de los grandes magnates de la industria y de las finanzas. Económicamente, es siempre prisionero del capitalismo, ha de vivir siempre del crédito otorgado por él. Un gobierno socialista, que en plena sociedad burguesa intenta cesar sus esfuerzos apenes existía hoy en Inglaterra. Creemos más: creemos que cualquier gobierno que orientase su política por los caminos de la socialización, los resultados de ésta, en los primeros ensayos, aseveraría la precipitación del sistema capitalista sería un hecho casi inmediato.

Los socialistas de todos los países parten del término contrario. Cuando la economía del capitalismo inglés vacasa y va hundiéndose en franca bancarrota—lo que equivale a pronosticar malas horas para la revolución de tipo social—, Ramsay McDonald se pasa al bando contrario con el fin de restablecer la economía del capitalismo. Y no se trata de un solo hombre; con distintas gradaciones, si se quiere, el gesto de Macdonald es el gesto de todos los socialistas del mundo.

Un gobierno prominentemente socialdemócrata es el que en Alemania, en 1923, impone a los obreros metalúrgicos una jornada superior a ochos horas. Los compensaciones por la guerra ponen a la industria metalúrgica en situación de inferioridad a la de sus similares de otros países, sobre todo de Francia. Hugo Stinnes proclama la inferioridad y los socialdemócratas, que olvidan que el responsable de la guerra es el capitalismo, en primer plano los capitalistas de las industrias metalúrgicas imponen todo el sacrificio a los obreros. No hay más consigna que la de salvar a la industria metalúrgica.

Y si un día se impone el sacrificio a los trabajadores, que han trabajado de manera acelerada, el mismo sacrificio se impone luego a favor del proletariado alemán en general. El patriótismo toma la plaza del socialismo. La sociedad capitalista se hunde al peso de sus pecados, y son los socialistas, es decir, los socialdemócratas, los más diligentes en apuntalarla, e infundirla nueva sangre.

La captación de la socialdemocracia por el capitalismo ha sido tan definitiva en Alemania, que el mismo partido se ha escandalizado y excluido recientemente. Pero los disidentes de la socialdemocracia constituidos ahora en

APUNTES

EL CATALEJO MÁGICO

Mister Bridgen ha llegado ayer del Extremo Oriente, a donde le llevaron ciertas investigaciones sugeridas por la última novela póstuma de Conan Doyle, referente a la existencia comprobada de indios antropofagos en las guardias inaccesibles de los Vindias.

Mister Bridgen, que es inglés, cuenta entre sus múltiples particularidades la de distinguirse con un afecto infrecuente en su raza, especialmente cuando se trata de prodigiar a los españoles.

Conviene consignar que los motivos que tiene mister Bridgen para honrarme con su estimación son de los que obligan eternamente a un caballero.

Es difícil esperar que los relatos, porque están brevemente escritos, en larga novela, no solo no den resultado, sino que no se olviden jamás por mi británico amigo, yo salvo la vida de mister Bridgen.

Dos aquellos que me señalaron que era de suerte que se acordara de mí.

Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado, en su incredulidad.

Consideré que había llegado el momento de que me gasta usted una broma.

—Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado y convencido.

Reflexioné, buscando ávidamente un testimonio con que dejarle convencido.

—A primera vista, el buscar un testimonio con que dejar convencido a un inglés de que en España hay República, parecía cosa halagadora—. ¡Ah! Uno piensa con cierta candidez que los testimonios de esta índole surgen inmediatamente que se haya reflexionado un par de minutos seguidos. No es así. Yo exhorto a los más seguidos.

—Es cierto. Lo sé.

Imaginé ahora, en presencia de estos antecedentes, el dolor que me daba ocasionado mister Bridgen a negarse a admitir como cierta la noticia de que en España se había proclamado la República durante su estancia en el corazón de la India remota.

—Usted bromea—me contestó cuando se lo dije. —¿Cómo trata de hacerme creer en un acontecimiento de tal magnitud? ¿No comprende que eso se notaría en seguida?

—Naturalmente. —Y usted no lo ha notado?

—Es absoluto. Por eso sospecho fundamentalmente que me gasta usted una broma. Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado, en su incredulidad.

—Consideré que había llegado el momento de que me gasta usted una broma.

—Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado y convencido.

Reflexioné, buscando ávidamente un testimonio con que dejarle convencido.

—A primera vista, el buscar un testimonio con que dejar convencido a un inglés de que en España hay República, parecía cosa halagadora—. ¡Ah! Uno piensa con cierta candidez que los testimonios de esta índole surgen inmediatamente que se haya reflexionado un par de minutos seguidos. No es así. Yo exhorto a los más seguidos.

—Es cierto. Lo sé.

Imaginé ahora, en presencia de estos antecedentes, el dolor que me daba ocasionado mister Bridgen a negarse a admitir como cierta la noticia de que en España se había proclamado la República durante su estancia en el corazón de la India remota.

—Usted bromea—me contestó cuando se lo dije. —¿Cómo trata de hacerme creer en un acontecimiento de tal magnitud? ¿No comprende que eso se notaría en seguida?

—Naturalmente. —Y usted no lo ha notado?

—Es absoluto. Por eso sospecho fundamentalmente que me gasta usted una broma. Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado, en su incredulidad.

—Consideré que había llegado el momento de que me gasta usted una broma.

—Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado y convencido.

Reflexioné, buscando ávidamente un testimonio con que dejarle convencido.

—A primera vista, el buscar un testimonio con que dejar convencido a un inglés de que en España hay República, parecía cosa halagadora—. ¡Ah! Uno piensa con cierta candidez que los testimonios de esta índole surgen inmediatamente que se haya reflexionado un par de minutos seguidos. No es así. Yo exhorto a los más seguidos.

—Es cierto. Lo sé.

Imaginé ahora, en presencia de estos antecedentes, el dolor que me daba ocasionado mister Bridgen a negarse a admitir como cierta la noticia de que en España se había proclamado la República durante su estancia en el corazón de la India remota.

—Usted bromea—me contestó cuando se lo dije. —¿Cómo trata de hacerme creer en un acontecimiento de tal magnitud? ¿No comprende que eso se notaría en seguida?

—Naturalmente. —Y usted no lo ha notado?

—Es absoluto. Por eso sospecho fundamentalmente que me gasta usted una broma. Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado, en su incredulidad.

—Consideré que había llegado el momento de que me gasta usted una broma.

—Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado y convencido.

Reflexioné, buscando ávidamente un testimonio con que dejarle convencido.

—A primera vista, el buscar un testimonio con que dejar convencido a un inglés de que en España hay República, parecía cosa halagadora—. ¡Ah! Uno piensa con cierta candidez que los testimonios de esta índole surgen inmediatamente que se haya reflexionado un par de minutos seguidos. No es así. Yo exhorto a los más seguidos.

—Es cierto. Lo sé.

Imaginé ahora, en presencia de estos antecedentes, el dolor que me daba ocasionado mister Bridgen a negarse a admitir como cierta la noticia de que en España se había proclamado la República durante su estancia en el corazón de la India remota.

—Usted bromea—me contestó cuando se lo dije. —¿Cómo trata de hacerme creer en un acontecimiento de tal magnitud? ¿No comprende que eso se notaría en seguida?

—Naturalmente. —Y usted no lo ha notado?

—Es absoluto. Por eso sospecho fundamentalmente que me gasta usted una broma. Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado, en su incredulidad.

—Consideré que había llegado el momento de que me gasta usted una broma.

—Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado y convencido.

Reflexioné, buscando ávidamente un testimonio con que dejarle convencido.

—A primera vista, el buscar un testimonio con que dejar convencido a un inglés de que en España hay República, parecía cosa halagadora—. ¡Ah! Uno piensa con cierta candidez que los testimonios de esta índole surgen inmediatamente que se haya reflexionado un par de minutos seguidos. No es así. Yo exhorto a los más seguidos.

—Es cierto. Lo sé.

Imaginé ahora, en presencia de estos antecedentes, el dolor que me daba ocasionado mister Bridgen a negarse a admitir como cierta la noticia de que en España se había proclamado la República durante su estancia en el corazón de la India remota.

—Usted bromea—me contestó cuando se lo dije. —¿Cómo trata de hacerme creer en un acontecimiento de tal magnitud? ¿No comprende que eso se notaría en seguida?

—Naturalmente. —Y usted no lo ha notado?

—Es absoluto. Por eso sospecho fundamentalmente que me gasta usted una broma. Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado, en su incredulidad.

—Consideré que había llegado el momento de que me gasta usted una broma.

—Vamos, confieso usted que se burla de mí—sonríe.

—Le juro a usted, mister Bridgen, que le habré con absoluta seriedad—. ¿Quiere usted una prueba?

—No hace falta, no hace falta—dijo sonriendo, obstinado y convencido.

Reflexioné, buscando ávidamente un testimonio con que dejarle convencido.

—A primera vista, el buscar un testimonio con que dejar convencido a un inglés de que en España hay

La crisis mundial y los remedios capitalistas

A la Prensa le ha dado en este momento por hablar de la prosperidad de antes de 1929.

Baste con recordar que antes de la fecha citada de octubre de 1929, había un millón de sindicatos en Inglaterra; 2 millones en Alemania, 210,000 en Italia, otros tantos en Austria, un millón en Rusia, etc., etc. Verdad es que los índices de la producción manifestaban una producción normal. Pero si la crisis de antes de 1929 no ha afectado directamente a la burguesía, está expia ahora las consecuencias.

Los dirigentes de la economía capitalista admiten la existencia del paro total y la desproporción.

Puedo afirmar que la agravación de la crisis proviene de aquella concepción. La burguesía no quiere permitir que de nuevo haya paros forzados, su soproductividad sería inferior.

Cuando se carece de consumidor no se produce. En cuanto a la supresión del paro forzoso, los más osados economistas ni aun siquiera se atrevan a pensar en ello.

Puede decirse que la crisis actual no es más que una agravación de la crisis oligárquica en 1921. Los Estados Unidos han podido vencer esa crisis para luego caer sin esperanza de poderse levantar.

Respecto a Francia, es el único país que todavía se aguanta. Pero el índice global de su producción (trilla, acero, edificación, textil), ha caído de 131 en junio de 1930 a 113 en junio de 1931.

El descenso de la actividad continua. Esta se mide por la baja de los valores de renta variable (industria), que es de 359 en comparación de 1929. En los Estados Unidos, la baja de esos valores es de 75 por 100.

La balanza comercial se salda con un déficit de 9 mil millones para los primeros seis meses de 1931.

Tras el desastre americano en 1929, M. Hoover pretendía que la prosperidad volvería antes de la primavera de 1930. Para precipitar su vuelta, el Gobierno americano elevó los derechos de arancel. Europa, que es la que tiene todavía que pagar, no tardó en replicar. Los derechos de aduanas han sido elevados en casi todos los países.

Al proceder así los dirigentes de las países capitalistas, desmoronaron los principios elementales de la economía capitalista, quienes dicen que en tiempos de crisis, iniciando la lucha de los precios, tendré fraca la prosperidad. Mucho bien, la elevación de los derechos de aduanas sube los precios.

Como después de este remedio la crisis continúa ahondándose, los dirigentes de la economía capitalista han pretendido que esta crisis estaba provocada por la carestía de la plata, por la falta de crédito y de organización.

Se han rebajado sucesivamente la tasa de descuento a 1,5 por 100 en Nueva York, a 2 por 100 en París y Londres, a 3 por 100 en Berlín.

Se han suspendido una tras otra conferencias de productores de las distintas ramas industriales. Se ha hecho el cierre del azúcar, se ha hecho revivir el cartel del aceite que se había moribundo. Pero todas esas conferencias, lejanas al objeto mantener los precios mediante una disminución de la producción que crea para forzar y reducir más aún el mercado. En el sector agrícola, a pesar de las conferencias se ha producido más que en 1929.

Durante ese tiempo los índices de la producción industrial continúan bajando, el paro aumentando. M. Hoover pretendiendo la prosperidad.

Una se da cuenta de que la crisis industrial se veía agrava cada vez por el hecho de la crisis agrícola. Se han celebrado conferencias en Basilea, Roma, París, Londres. Se ha decidido la concesión de créditos a los países agrícolas, como si los créditos agrícolas pudieran servir para otra cosa que para aumentar la producción.

Como los productores de cereales tienen stocks inventarios desde 1929, no se veía para qué pudiesen servir los nuevos créditos, sino para agotar mediante la usura más aún de lo que lo estaban aquellos mercados.

Los stocks de trigo en el mundo se elevan, el primero de marzo de 1931, a 630,300,000 de «bisseaux» (1 contra 550,900,000 «bisbeaux» en 1929). No es otra cosa que los métodos capitalistas aplicados a la agricultura lo que ha traído la crisis agraria.

Como se ve, la concesión de créditos a los países agrícolas no era más que una amnistía en el sistema.

El índice general de la producción en los Estados Unidos en el mes de mayo de 1931, es de 77,5 contra 90 en mayo de 1930, y 110,1 en mayo de 1929 (según el estadístico).

El índice de la producción industrial en Alemania ha caído de 112,1 en abril de 1929, a 81,9 en abril de 1930, a 65,2 en abril de 1931 (según Vierjahresheft für Konjunkturforschung).

El índice de las exportaciones de productos acabados en Inglaterra ha caído de 87 en julio de 1930 a 63 en junio de 1931 (economista).

Concluida es la agravación de la crisis alemana. En el mes de junio último su-

brevió la moradura de las tiendas de guerra. No hacia falta ser un finc para prever la catástrofe. Bastaba con mirar los índices de la producción.

Los remedios preconizados por los economistas burgueses: elevación de los derechos de aduanas, rebaja de la tasa de descuento, inteligencias entre productores, no han servido sino para agravar la crisis.

Respecto a las conferencias agrícolas, por su menudo. Los Estados民主派 están en vísperas de la quiebra. Los cereales han bajado de 60 por 100 en comparación de 1929 y no se hallan compradores.

En la caída de la libra esterlina, que ha sucedido a la agravación de la crisis alemana, los especulantes son presos de la mayor confusión.

Las clases medias, fieles sostenedores de mi régimen que de cuando en cuando les arroja unas migajas, se ven expoliadas por la gran banca. El billete de banco, su último refugio, muy pronto no valdrá ni un centavo más que el embolillo, immer marcas y lanzarlos a los mercados de América, mercados cerrados casi a nuestra exportación directa.

Para qué poner aún en el perfeccionamiento de la industria o en la propaganda si hasta recurrir al gobierno para que someta al campesino y lograr así beneficios?

No demuestra más que absoluta incapacidad, ya solamente por la falta de la competencia por nuestros propios agricultores, sino la incapacidad de introducir cambios de aceites de origen por los importadores de la semilla de cobre. El aceite de orujo, excelente para su empleo en la industria, es desplazado por el de cacao y se fija cada año aceite por valor de sesenta y setenta millones de pesetas, aceite cuya transformación y preparación significan más de veintimil millones de pesetas entretrazados a la mano de obra. Esos son los pésimos resultados de la organización capitalista.

Y aun lo será más porque la cosecha de cereales ha sido este año bastante escasa y como al agricultor le fallaría numerario tendría necesidad de vender pronto su aceituna y el comerciante es siempre el pescador en río revuelto.

Así, pues, los cuatro millones de quintales métricos de oliva que se calculan para esta cosecha, seguirán el mismo rumbo que los de las cosechas anteriores.

Millón ochocientos ochenta y dos mil, doscientas ochenta y nueve hectáreas de terreno que ocupa el olivo con sus seiscientos cincuenta de pesetas que producen seguirá haciendo la felicidad de los señores olivareros tan atentados por los señores del gobierno, y a los campesinos que los parten una rayo.

Después, dando altísimo ejemplo de patriottismo al procurar mercados extranjeros para los productos del país, en vienen aceite por valor de dieciocho millones de pesetas al extranjero, y el resultado es que el mismo mercadillo con el que quedó a los agricultores. Muchas de las partidas de aceite, enviadas desde Sevilla, van a jarcias italianas y consignadas a casas italiana. Empedradas que no hace otra cosa que embolsellar, immer marcas y lanzarlos a los mercados de América, mercados cerrados casi a nuestra exportación directa.

Para qué poner aún en el perfeccionamiento de la industria o en la propaganda si hasta recurrir al gobierno para que someta al campesino y lograr así beneficios?

No demuestra más que absoluta incapacidad, ya solamente por la falta de la competencia por nuestros propios agricultores, sino la incapacidad de introducir cambios de aceites de origen por los importadores de la semilla de cobre. El aceite de orujo, excelente para su empleo en la industria, es desplazado por el de cacao y se fija cada año aceite por valor de sesenta y setenta millones de pesetas, aceite cuya transformación y preparación significan más de veintimil millones de pesetas entretrazados a la mano de obra. Esos son los pésimos resultados de la organización capitalista.

Unas cuentas a lo Gran Capitán

Estas son las cantidades que con cargo al presupuesto del país cobrarán los reverendos y los ilustrísimos del clero español en el próximo año de 1932:

Mitad de la dotación de arzobispos, obisplos, administradores apostólicos, arzobispos y sacerdotes ...	600,000
Dotación del clero cathedral metropolitano y suffragáneo ...	6.221.250
Ideas a las capillas de los Reyes Católicos en Granada y Sevilla y la mozárabe de Toledo ...	132.900
Ideas Colegiales ...	687.600
Ideas a los curas de las parroquias ...	34.587.337
Diferencias por estas dotaciones ...	28.304
Pagos por residencias, y reparaciones ...	17.644

Como puede observar el avisado lector la separación entre la Iglesia y el Estado se ha hecho ya previsto en la Constitución.

La exhibición de los jesuitas, con prohibición de abandonar los centros de enseñanza que regentan, también será un hecho.

Mientras tanto no hay más remedio

que pagar esos cuarenta y mil millones cuadruplicadas treinta y cinco mil ochocientas veinticinco pesetas que importa el total de la cuenta mencionada.

LA PAZ ARMADA

Antes de 1914, las naciones practicaban lo que dieron en llamar la paz armada. Considerábese que la enorme potencia y la organización de los ejércitos los impedían que cualquier Estado se decidiera a utilizarlos ante las hostilidades. Los intereses de «miseria y desafío» que crea una guerra prodigiosa. Después de la guerra mundial, fallido el sistema de la paz armada, nació la paz armada. Los países europeos se pusieron a predicar el desarme y efectivamente lo van realizando en tal forma que el gasto que ostentaba el militarismo es hoy menor en muchos miles de millones al de 1914. Vieja es la presunción de los ocho países que más dinero invierten en armas y entre los que España tiene un lugar.

Estados Unidos ...	17.600 millones
Francia ...	14.400
Inglaterra ...	11.630
Italia ...	11.122
Alemania ...	6.000
España ...	2.814

Siguen, pues, los obreros trabajando como bestias y corriendo como locos para que la cantidad recogida por cada uno sea la mayor posible.

Y la cosecha será más económica, tal como conviene a los negoiantes oliva-

TÁCTICAS

Federaciones de Industria

La técnica revolucionaria es de movimiento permanente, de lucha incessante, continua. Lo que no puede admitir el monarca sindicalista, es la atenuación de la acción, el anquilosamiento de sus instrumentos de lucha.

Necesita en todo momento que los organismos que crea para preparar la transformación social respondan con eficacia y para ello procurar darles el flexibilidad que en el instante oportuno puedan desgarrarse sin romperse o cumplir su estructura sin desaparecer.

La organización sindicalista en constitución, debe tener una creciente actividad, fortalecer las vanas que van completando su contenido y preparando el organismo que en un mañana próximo permita a los trabajadores encargarse del control de la producción y de su función. El sindicato de Industria es la modalidad que en este momento conviene a nuestra organización sindical porque precisamente permite un aceleramiento en el movimiento de oposición al régimen burgués y amplía los caracteres de la lucha haciéndola al mismo tiempo más intensa.

Si la organización sindical ha de permanecer constante frente a la organización patronal no puede permitir que ésta avance un solo paso sin inmediatamente no se adelante otro y si cabe dos.

Hay que acordar si integra ni desecha al enemigo y siempre con armas lo menos iguales. Y pueden forjarse, Contra la Compañía de Teléfonos Incluso mal los sindicatos locales.

La Federación de Industria habría actuado ya con el conflicto de la Singer.

El peor argumento contra los Sindicatos de Industria es el de que perdería la organización obrera acometividad por la libertad que crearía.

La Federación de Industria del Vidrio en más de veinte años de actuación no ha creado ni solo burocracia. Y salieron de Sindicato de Banco que retribuye a su secretario general porque las atenciones del Sindicato impiden su continuación en las obligaciones de la fábrica.

Una buena distribución del trabajo en las secretarías no hay burocratas.

Otro argumento contra las Federaciones de Industria es que harían renacer y consolidar el espíritu corporacionista y tal vez por el antagonismo de los distintos sectores.

Sobre qué es preciso suponer el que los obispados con el grado de cultura social que alegran juntas en la pasada época de determinada consideración superior a los demás, hasta que la situación va cambiando, no conviene olvidar que una de las reivindicaciones económicas acordadas en el II Congreso de

resultado de una súplica, sino como consecuencia y obra de una reacción por que se la habrá obtenido.

La libertad de Prensa no es más que el derecho de imprimir que me extiendo el Estado, y el Estado no permitirá jamás ni puede nunca permitirlo, que yo empiece a utilizarla.

La fuerza es una bella cosa, y útil en bastantes casos, ya que ese no más lejos con su mano lleva de fuerza que con su suave mano lleva de derechos. Aspira a la libertad? ¡Avanza! Tema la fuerza, la libertad vendrá sola. Ver: el que tiene la fuerza está apto encima de las leyes.

Esta observación, yes de nuestro punto de vista deplorable? ¡Pero si no tienes gusto!

MAX STREIBER

Los Sindicatos Obreros y la Revolución Social

por PIERRE BESNARD
y el prólogo de JUAN PEIRO

350 PÁGINAS

3-50 PESETAS

Una obra en la que se expone con toda claridad los principios del sindicalismo revolucionario y la organización de los Sindicatos. Todos los trabajadores deben leer esta obra editada por la Confederación Nacional del Trabajo :: :: :: ::

Pedidos a esta Administración

Tir. Cosmos—Ur. 42. Teléf. 32457—Barcelona